

LA NOCHE
DEL
ESPECTRO

LA NOCHE DEL ESPECTRO

Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina

Ilustraciones de Lola Rodríguez

Naufra*g*io
de letras

EDICIONES NAUFRAGIO DE LETRAS S. L.

www.naufragiodeletras.com

edicion@naufragiodeletras.com

Edición: Equipo de Naufragio de letras

Dirección y coordinación editorial: Clara Ruiz

Diseño de interiores: Clara Ruiz

© del texto, Gabriella Campbell y José Antonio Cotrina, 2018

© de las ilustraciones del interior y cubierta, Lola Rodríguez, 2018

© Ediciones Naufragio de letras, 2015

Calle Moreno, 3F

28025 Madrid

ISBN: 978-84-945974-4-2

Depósito legal: M-22068-2018

Impreso por Estugraf Impresores S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Queda prohibido cualquier tipo de reproducción, distribución, incorporación a un sistema informático, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra así como su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia por grabación u otros métodos sin autorización de los titulares del copyright. Si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra dirijase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

El día del dragón *fue para Marcos.*
La noche del espectro *es para Michael y Mar,*
sus padres.

AVISO:

Ningún erizo cantarín resultó herido
durante la escritura de esta novela.

Los muy bribones corrían demasiado
rápido.

CAPÍTULO 1

LA CAMPANA LOCA Y SOMBRA NINJA

El día en que atacaron los fantasmas comenzó ya de forma rara.

Por segunda vez en pocos meses, la campana de la torre del Internado para Niños Singulares de Suburbia no hizo lo que tenía que hacer. Esta vez no guardó silencio, como ocurrió en la primera ocasión. Hizo lo contrario: justo después de dar la séptima campanada (la que tocaba, la de las siete de la mañana), dio una octava y después una novena y luego una décima. Y siguió soltando campanazo tras campanazo como si ese fuera su único cometido en la vida (que, en definitiva, lo era. Cuando eres una campana no tienes muchas opciones; es eso o hacer de molde para flanes gigantes).

El revuelo que se formó fue considerable. Los alumnos salieron de sus cuartos para averiguar qué ocurría. Todos recordaban el incendio de tres meses atrás y hubo quienes confundieron la campana enloquecida con la alarma, y huyeron en desbandada y en pijama. Cada campanada sonaba más fuerte que la anterior. A cada *dong* lo seguía un *dang* más alto.

Fran y Kang Dae se unieron al trajín exterior cuando la campana anunció que eran las veintiocho en punto, ambos en pijama. El de Fran era un viejo pijama azul, tan áspero que a veces se quedaba pegado a la cama. Era un regalo de sus tías, una prenda que, según aseguraban, había pasado de padres a hijos durante siglos; Fran se preguntaba qué habría hecho su familia para merecer una maldición semejante. El pijama de Kang Dae solo se podía definir con la palabra *aterrador*: estaba tan lleno de cuadritos y rombos de colores diferentes que provocaba mareos si lo mirabas durante más de diez minutos, vómitos si lo contemplabas durante veinte y desmayos a la media hora. A Kang Dae le encantaba.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —se oía preguntar por todas partes.

Al final del pasillo estaba la habitación que Carol compartía con Rita Alegría, una niña que solía llevar una rebeca negra de lana —tan larga que se la iba pisando—, y que dibujaba calaveras y telarañas por todas partes. Ambas se asomaron a la puerta, intrigadas. El camisón de Rita Alegría era de color Negro Como Noche sin Luna Que Contemplas con los Ojos Cerrados Dentro de un Pozo. El pijama de Carol era celeste con volantitos, y lo combinaba con zapatillas de peluche con forma de ardilla y con una iguana encaramada en el pelo, que observaba todo muy atenta. La iguana se llamaba Wayry y en realidad no era una iguana: era una cría de dragón, camuflada por un encantamiento.

Carol se acercó a sus amigos casi a la carrera. Wayry estaba muy nervioso en su atalaya; miraba tan pronto a izquierda como a derecha. Y cualquier cosa que pueda poner nervioso a un dragón es algo a tener muy en cuenta (aunque también es cierto que a Wayry le asustaban las escobas, los botes de quitaesmalte y los coleteros de color verde).

—¿Qué está pasando? —preguntó Carol.

—¿Qué dices? —le preguntó Kang Dae a voces. El chico se había metido un dedo en cada oreja, tan al fondo que casi se tocaba el cerebro—. ¡La campana se ha vuelto loca y no oigo nada!

El escándalo iba a más. La campana parecía dispuesta a romper algún tipo de récord o, al menos, un par de tímpanos.

—¡Volved a vuestros cuartos, estudiantes, y preparaos para ir a clase! —Ernestina Malespina, la severa profesora de gimnasia, apareció por el pasillo, ya vestida de faena. Entre su delgadez y su pelo cortado a cepillo, parecía una escoba que hubiera cobrado vida (lo cual explica por qué Wayry se encogió al verla)—. ¡No pasa nada! ¡No pasa nada! ¡Tenemos un problema con la campana, pero nuestro nuevo portero lo solucionará enseguida!

—¿Nuevo portero? —preguntó Fran—. ¿Qué ha sido del portero de siempre?

—¿No te has enterado? —le preguntó Carol, extrañada—. ¡Le ha tocado la lotería! ¡Y por lo que cuentan ha sido toda una sorpresa, porque no ha comprado un décimo en su vida!

—¿Qué decís? —preguntó Kang Dae—. ¡No oigo nada!

Al otro extremo del pasillo vieron pasar al nuevo portero, que se encaminaba decidido hacia la galería que conducía a la torre y la campana traviesa. El portero vestía un mono azul que le quedaba grande y llevaba un paraguas amarillo en la mano.

Los tres chicos lo miraron durante un buen rato, con la boca muy abierta. Wayry, la iguana que no era una iguana, soltó un ruidito en dirección al portero veloz, una especie de «prrrr». Estaba saludando.

—¿Ese era...? —comenzó Fran

—No puede ser, es imposible. —Carol agitó la cabeza de un lado a otro, de forma tan violenta que Wayry saltó a la cabeza de Kang Dae, que se movía bastante menos.

—¿Baltazar? —Kang Dae no daba crédito a lo que acababa de ver—. ¿Baltazar es ahora portero en el internado?

Se miraron alarmados. Baltazar era un personaje curioso, un hechicero empeñado en conseguir la belleza y juventud eterna por todos los medios posibles, aunque para ello tuviera que acabar con Wayry. Que estuviera allí solo podía significar malas noticias.

La campana seguía con su suena que te suena, tan alto que empezaban a quedarse algo roncocos de tanto dar voces.

—Esto es muy extraño —dijo Carol. Cogió a la iguana de la cabeza de Kang Dae—. ¿Creéis que viene por Wayry?

—¿A qué va a venir si no? —preguntó Fran.

—¿Qué decís? —preguntó Kang Dae—. ¡No os oigo!

Carol le agarró la mano y le arrancó el dedo de la oreja. Se escuchó un fuerte «pop».

—No tiene sentido —dijo la chica—. ¿Por qué hacerse pasar por portero? Podría haberse llevado a Wayry mientras dormíamos.

—¡Niños! —Ernestina Malaespina tenía una cara tan tensa que habría hecho gritar a un limón—. ¿Qué hacéis aquí parados? ¡Id a vestiros ahora mismo y bajad a desayunar antes de que se os haga tarde! ¡Os recuerdo que las clases comienzan a las ocho!

Carol volvió a su cuarto con Wayry mientras los dos chicos regresaban rápidos a su dormitorio. Ahí los esperaba la tercera sorpresa del día. Sentado sobre el escritorio desordenado había un pollito diminuto con una cáscara de huevo a modo de casco y un antifaz negro. Kang Dae y Fran se quedaron pasmados ante aquella visión insólita.

—¡Eh! ¡Eh! ¡No os asustéis, chavalines! —El pájaro se retiró la máscara diminuta—. ¡Soy yo, Theodore Windsor von Trappe III! Es normal que no me hayáis reconocido —señaló, alegre—. Voy de *incógnito*.

—¡Oh, qué disfraz tan admirable! —dijo Kang Dae, al que le costó salir de su pasmo—. ¡No te habría reconocido ni en cien años!

El pollito fénix hinchó el pecho. Estaba tan orgulloso de sí mismo y de sus capacidades que era inmune a la ironía, al sarcasmo y a cualquier tipo de humor que no involucrara a gente resbalando con cáscaras de plátano y tartas volando por el aire.

—Lo he hecho yo —anunció.

Fran se acercó al pájaro hasta que ambos quedaron nariz contra pico.

—¿Qué hacéis aquí? —le preguntó—. ¿A qué habéis venido?

—Estamos aquí para protegeros —anunció Theodore Windsor von Trappe III al tiempo que se ponía firme—. Nos hemos infiltrado en el colegio para cuidar de vosotros y de vuestro dragón chiquito. Somos como sombras. Como ninjas. ¡Como sombras ninjas! Ese será mi nombre a partir de ahora: ¡Sombra Ninja!

Fran suspiró. Se preguntó quién iba a protegerlos de ellos. Pero lo que le dijo al pollito fue otra cosa:

—¿Estamos en peligro? ¿Por eso habéis venido?

—No lo sé. —El fénix se encogió de alas—. A mí nunca me cuentan nada. Y cuando me lo cuentan,

se me olvida. ¿Tenéis algo de comer? —Miró alrededor, esperanzado—. Estar de *incósnito* da hambre y todavía no he desayunado.

—Tengo una caja de galletas en algún lado —dijo Kang Dae, con cierta desgana.

—¡Galletas! —exclamó Theodore Windsor von Trappe III, indignado—. ¿Con quién te crees que estás hablando? ¡Soy un fénix! ¡Un ave de leyenda! ¿De verdad pretendes alimentar a una criatura mitológica con inmundas galletas!

—También tengo un poco de chorizo en un cajón, creo. Pero tiene algo de moho.

—¡Dámelo! ¡Dame! —Agitó sus alitas en dirección a Kang Dae, desesperado y frenético. Parecía al borde de la súplica—. ¡¿Pero por qué no me lo das?! —chilló, fuera de sí.

Mientras el fénix desayunaba, sentado sobre un cuaderno, Fran y Kang Dae se vistieron y prepararon los libros y libretas para el día que empezaba. Estaban preocupados y era normal, dada la situación. Se dieron cuenta de que, por lo menos, los campanazos sonaban cada vez más amortiguados. El último sonó como un «plof».

Una vez estuvieron listos para salir, Kang Dae señaló al pollito con la barbilla. Seguía dando

buena cuenta de los restos de chorizo. De cuando en cuando se chupaba la punta de un ala.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó—. ¿Lo dejamos aquí?

—No os preocupéis por mí —dijo Theodore Windsor von Trappe III con la boca llena—. Os vigilaré de cerca, pero nadie se dará cuenta de mi presencia. ¡Soy Sombra Ninja!

—Uh... —Fran se detuvo cuando estaba a punto de abrir la puerta. Acababa de tener una idea alarmante—. ¿Tus hermanos también están... de incógnito en el internado?

—De *incógnito* —le corrigió el ave con amabilidad—. Oh, sí. Hemos venido todos. —Bajó de un salto del cuaderno y aleteó de mala manera hasta el suelo—. Y mi hermano el mayor es un artista del disfraz. ¡Siempre gana cuando jugamos al escondite!

—¿Tu hermano el mayor? —preguntó Kang Dae, incrédulo, mientras se echaba la mochila al hombro—. ¿El pájaro que mide más de dos metros y que siempre está en llamas es un maestro del disfraz? ¿Me tomas el pelo?

—¿Tu pelo? —preguntó el fénix—. ¿Y para qué lo querría? ¿Está rico? Nunca he comido pelo de niño raro... ¿tiene moho?

Los dos chicos salieron al fin. Carol los esperaba en la escalera, ya con el uniforme puesto, y debió de ver la preocupación en su rostro, porque lo primero que hizo fue preguntarles:

—¿Qué ha pasado?

—Que Baltazar no ha venido solo —dijo Kang Dae—. Se ha traído a sus pájaros. Y resulta que el fénix grande es un maestro del disfraz. O al menos eso dice el pollo enmascarado que tenemos en nuestra habitación. —Kang Dae miró a un lado y a otro, como si esperara descubrir un pájaro gigante en llamas detrás de alguna columna.

—¿Y Wayry? —preguntó Fran.

—Lo llevo en la mochila —dijo Carol. Dio una palmada a su cartera verde. Se escuchó un «wayry» amortiguado dentro—. Me daba miedo dejarlo solo con Baltazar rondando por aquí.

Bajaron las escaleras, veloces. Por el camino se cruzaron con Gunter Gunter, el alumno de intercambio alemán que llegó al internado dos meses atrás. Era pequeño y compacto, con la cabeza cuadrada y el pelo corto. No hablaba ni una palabra de castellano y siempre iba a los sitios muy despacio, como si no tuviera prisa.

—¡Hola, Gunter! —saludaron al pasar a su lado.

—*Ich spreche Deutsch!*¹ —les dijo él, con una sonrisa de oreja a oreja.

Se detuvieron al llegar abajo, extrañados. Frente a ellos se abría la arcada que conducía al comedor, pero, a pesar de que se les hacía tarde y de que tenían bastante hambre, no hicieron ademán de acercarse.

—¿Oís eso? —preguntó Carol.

—Yo no oigo nada —dijo Kang Dae—. ¿Me habré metido antes los dedos demasiado adentro?

—Yo tampoco oigo nada —dijo Fran.

—Eso mismo —dijo Carol—. Está todo demasiado tranquilo.

Por norma general, el comedor era un lugar bullicioso, repleto de charlas y risas. Pero aquella mañana no se oía nada. Prestaron atención. Sí, algo se escuchaba, muy por lo bajo: se oía masticar, ruiditos de placer y algún que otro «ñum, ñun, ñuuuff, qué bueno está esto».

Entraron asombrados. La comida del internado no solía estar mal (con la excepción de los días en que cocinaban garbanzos. En una competición de los peores garbanzos del mundo habrían quedado los segundos; el primer puesto habría

¹ ¡Hablo alemán!

sido para los garbanzos del restaurante Cocido Feliz, famosos porque los clientes solo iban cuando perdían alguna apuesta), pero no solía causar tanta admiración.

Todos los alumnos del internado estaban sentados a las mesas y todos estaban desayunando como si fuera la primera vez en la vida que comían. Era algo asombroso. Hasta Elena Menta (que aprovechaba el desayuno para pasar lista y asegurarse de haber insultado a todos sus enemigos antes de las nueve de la mañana) guardaba silencio mientras comía a dos carrillos. Los tres chicos se acercaron al gran mostrador donde se servían las comidas. Allí estaba la cocinera de siempre, amable y sonriente, pero junto a ella había alguien a quien no habían esperado ver jamás en el comedor de su internado. Fran abrió la boca mucho, Kang Dae la abrió más y a Carol casi se le desencajó la mandíbula.

—Flamígero...

—Flambeau...

—El cocinero loco...

—¡Qué ven mis ojos! —dijo el aludido, mientras alzaba los brazos en señal de saludo. Hasta su bigotito parecía sonreír—. Mis buenos amigos Susan, Roberto y tú, el chiquillo simpático...

¿cómo te llamabas? —Señaló a Kang Dae con un cazo que chorreaba de manera deliciosa.

—Sandokán —contestó este.

—¡Eso es! ¡Qué enorme gusto volver a veros!

Los tres se acercaron intrigados al cocinero. Las bandejas estaban llenas de viandas de aspecto exquisito: canapés sublimes, madalenas violetas, cruasanes espléndidos. Aquel hombre era un famoso *gourmet*. Y su sueño era cocinar dragón.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó Fran, aún más desconfiado que con Baltazar.

—He venido a proteger vuestro bicho —contestó—. Corren tiempos oscuros, muchachitos. La noticia de que hay un dragón en el mundo se ha extendido por todos los Reinos Raros y, como es natural, todos quieren hacerse con él. Algo que va contra mis intereses, claro. ¡He ideado un nuevo plato! ¡El sumun de la gastronomía! ¡La receta que me encumbrará como el mejor cocinero que ha existido nunca! ¡Solomillos de dragón a la osobuco con virutas de hada! Pero claro, para poder hacerlo en condiciones, necesito que los solomillos del dragón sean más grandes de lo que son ahora mismo, así que me toca esperar.

Kang Dae se asomó sobre el mostrador. En el suelo vio a varios ratoncitos blancos, todos con

gorrito de cocinero, que corrían de aquí para allá muy veloces y animados. Eran los ayudantes de cocina de Flamígero. Uno de ellos saludó con una pata al pasar. Iban tan rápido que costaba verlos.

—¿Qué ha sido de nuestra otra cocinera? —quiso saber Carol—. ¡No la habrás guisado!

—¿Por quién me tomas? —preguntó el cocinero, muy ofendido—. ¡Esa mujer apenas tiene carne en los huesos para hacer caldo! Ha recibido una herencia succulenta, dejada por una prima que no sabía que existía. Se ha marchado a cumplir su sueño de ser cantante de ópera. Bien por ella. —Se frotó las manos y los miró a los tres. Los ojos le hacían chiribitas—. Bueno, chicos, ¿qué queréis para desayunar? No he podido lucir todo mi arte porque vuestra cocina debe de tener más de cien años, pero...

Los tres chicos estudiaron las posibilidades. Estaban hambrientos y todo tenía una pinta estupenda. Demasiado estupenda.

—¿Hay algo que no esté cocinado con criaturas mitológicas o animales en peligro de extinción? —preguntó Carol.

El cocinero paseó la mirada por todo el repertorio gastronómico desplegado en el mostrador. Se lo pensó un rato.

—Las madalenas —dijo al fin—. Solo llevan un poco de caspa de pingüino.

—No me gusta nada lo que está pasando —dijo Fran, una vez los tres estuvieron sentados a la mesa. Hablaban muy bajo. De cuando en cuando, Carol metía migas de madalena en su mochila para Wayry—. Con esos dos locos aquí puede pasar cualquier cosa.

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó Carol.

—Estar muy atentos —dijo—. Si dependemos de que nos protejan ellos, estamos perdidos.

Kang Dae bebía chocolate y comía madalenas como si el mundo estuviera a punto de acabarse. Lo que, a la vista de los acontecimientos, bien podía suceder. Después de un largo rato de masticar, se inclinó hacia sus dos amigos.

—¿Recordáis que la primera vez que la campana falló fue el día en que encontramos el huevo del dragón? —preguntó. Fran y Carol asintieron—. Y hoy se vuelve loca y se pone a dar campanazos, ¿no os parece interesante?

—Mucho. ¿Crees que la campana es mágica o algo así?

—No lo sé —dijo Kang Dae—. Pero es raro. Es como si nos advirtiera de que algo va a pasar.

—Debemos tener los ojos muy abiertos —dijo Fran, sin darse cuenta de que Kang Dae le acababa de robar una madalena—. Está claro que Wayry está en peligro. Y nuestro deber es protegerlo. Somos sus guardianes.

El silencio solemne que siguió a sus palabras quedó roto cuando la vocecilla del pollo fénix habló desde el interior de la mochila de Kang Dae.

—¡Eh, tú, Sandokán! ¡Échame madalena, que todavía tengo hambre!

CAPÍTULO 2

LITERATURA MERAMENTE TERRESTRE Y EL NUEVO DIRECTOR

Fran y Carol salieron del comedor. Y luego volvieron a entrar, para sacar a Kang Dae casi a rastras.

—¡Pero dónde me lleváis, locos! —gritó, enfurecido—. ¡Que todavía quedan madalenas!

—¡Vamos a llegar tarde a clase de Literatura por tu culpa! —dijo Fran. Tiró del brazo de su amigo.

—¿Es que quieres hacer enfadar a la señorita Cuevas? —le preguntó Carol.

Kang Dae masculló un «no» muy bajito y culpable mientras se dejaba llevar. La señorita Cuevas era una persona maravillosa, de pelazo rubio rizado, excelente profesora y con una colección impresionante de blusas con animalitos. Hacer enfadar a la señorita Cuevas era un pecado solo

comparable a apalea un bebé foca con otro bebé foca, olvidarte del cumpleaños de tu madre o saltarse la cola del supermercado.

Por tanto, su sorpresa al abrir la puerta del aula no solo fue sorpresa. Fue rabia, desaliento, frustración y dieciocho palabras más que se resumían en un solo nombre:

—¡Miranda! —murmuró Carol.

La mujer que los observaba desde la mesa de la profesora no era la señorita Cuevas, no. Era una mujer también de espléndido cabello rizado, pero muy pelirrojo. También se había puesto una blusa de animalitos, pero esos animalitos eran murciélagos, escorpiones, serpientes y arañas gordas. Además llevaba chistera, una chistera alta y negra.

—Habéis llegado quince segundos tarde —dijo Miranda mientras consultaba su reloj de pulsera—. Si esto se repite, convertiré al azar a uno de vuestros compañeros en musaraña, ¿queda claro? Ahora sentaos con el resto de los... —hizo una mueca en la que había un 45 por ciento de asco y un 73 de desprecio— niños.

El resto del alumnado estaba ya en su sitio y todos observaban a la nueva profesora con los ojos más fuera de órbita que un satélite dando

vueltas alrededor de una vaca. Y aún los abrieron más cuando los tres recién llegados, en vez de cumplir la orden de la profesora, se acercaron veloces a ella.

—¿Dónde está la señorita Cuevas? ¿Qué has hecho con ella? —dijo Fran.

—Deja que adivine —intervino Kang Dae—. Le ha tocado un viaje al Caribe. O tiene un primo que le ha regalado una casa de campo. O de repente ha descubierto que quiere ser domadora de tigres.

—Ha tenido un bebé —dijo Miranda, sin pestañear—. No sé si os disteis cuenta, pero estaba embarazada.

Los chicos quedaron en silencio unos segundos, algo embarazados a su vez. Fran se puso rojo como un tomate que quisiera batir el récord mundial de ser rojo. Kang Dae parecía no entender nada.

—¿Un bebé? Yo pensaba que se había pasado con los pasteles de la sala de profeso... —Carol le dio un codazo—. ¡Ay!

—¿Y tú qué haces aquí, Miranda? —le preguntó Fran—. ¿También has venido a protegernos de fuerzas temibles?

—Pues sí. Justo a eso he venido, niñato —dijo la hechicera, señalando a Fran con una tiza fina

y larguísima. Se inclinó hacia ellos—: Sentaos de una vez. Estáis llamando la atención y eso es justo lo que no queremos hacer.

—¿Que no llamemos la atención? —Carol no daba crédito—. ¡Llevas chistera y zapatos de tacón de tres kilómetros!

—Elegancia, se llama elegancia, niña repelente. ¿Veis? Ya habéis aprendido una palabra nueva. ¡Soy una profesora estupenda! Sentaos ya y andaos con ojito.

Los pupitres del Internado para Niños Singulares de Suburbia eran bastante cómodos. Tenían aspecto antiguo, serio y vetusto, pero estaban dotados de tecnología punta: una tabla de trabajo regulable con pantalla y teclado; una cajonera flexible y una base para móvil que servía como cargador y como bloqueo, para impedir que los alumnos anduvieran trasteando con el QuéPasa, el Librocara o el Instakilo en vez de prestar atención a sus profesores. También había manchas de tìpex, chicles pegados, chuletas, restos de goma de borrar y, nadie sabía muy bien por qué, señales de mordiscos en algunas patas.

Kang Dae se acomodó en su pupitre y dejó caer la mochila al suelo. Se escuchó un quejido procedente del interior:

—¡Ay! —y luego—: ¡Sacadme de aquí, me acaba de caer un estuche encima! ¡Aaaaay!

A la izquierda de Kang Dae se sentaba Aurelio Jesús de las Heras, compañero habitual de laboratorio y coleccionista de alergias diversas. Era el único caso conocido en el mundo de persona alérgica a los dedos para zurdos.

—¿Tu mochila acaba de hablar? —preguntó, bajito. Le lloraban los ojos. A Aurelio Jesús de las Heras siempre le lloraban los ojos. Sus alergias le daban cara de funeral constante.

—Te equivocas —dijo Kang Dae, muy serio.

—¡Socorro! ¡Muero! —contradijo la mochila, que se abombaba de aquí para allá en su parte baja—. Nada, nada, no os deis prisa en rescatarme, eh, que ya me corto yo mismo la pata con este sacapuntas.

Miranda dio una palmada sonora para llamar la atención del alumnado:

—Escuchadme, pequeños engendros. —Les ofreció su mejor sonrisa de suficiencia—. Me llamo Miranda Place-Holder y soy vuestra nueva profesora. Antes de nada hay algo que tenéis que saber de mí: no soporto a los niños. Los odio. Me dan grima, náuseas y picores. —Se rascó una muñeca, rabiosa—. Así que procurad manteneros

alejados de mí y nos llevaremos bien. Otra cosa. He decidido cambiar el nombre a la asignatura: ya no se llamará Literatura Universal. ¿A qué majadero se le ha ocurrido ese nombre? ¿Estudiáis acaso los sonetos de las salamandras marcianas? ¿Analizáis la rima de los eructos sinfónicos de las sirenas de Alfa Centauri? ¿A que no? A partir de ahora esta asignatura se llamara Literatura Meramente Terrestre.

—Está como un cencerro —dijo Elena Menta.

Todos contemplaban a la profesora con la misma expresión de absoluta perplejidad. No habrían desviado la mirada aunque se hubiera abierto la puerta y hubiera entrado en clase una horda de elefantes bailarines vestidos con tutú y lentejuelas. En la última fila de la clase se sentaba Severiano Garbanzo: estaba pálido, aferrado con ambas manos al pupitre. Había reconocido a la profesora. La había visto en el despacho del director unos meses antes, rodeada de monstruos, rayos, centellas y sapos con corbata.

—Y para empezar os voy a hablar del *Canto del Tuyo Cid*.

—Del *mío Cid, seño* —se atrevió a decir Aurelio Jesús de las Heras. Era muy aficionado a los libros y películas de caballería. De hecho, tenía las

paredes de su dormitorio cubiertas de pósters de películas medievales, y uno, algo más escondido, de una señorita con poca ropa.

—Al próximo que me interrumpa lo transformaré en sabandija —dijo Miranda—. En el *Canto del Tuyo Cid* vemos la tierna relación de amistad entre un niño y su burrito, llamado Cid. Un burrito que...

—¡Eso es *Platero y yo!* —exclamó Aurelio Jesús de las Heras, incapaz de callarse ante semejante afrenta.

Miranda no contestó, simplemente se giró, dio un toque con una mano en su chistera y con la otra apuntó a Aurelio Jesús. Antes de que nadie entendiera qué estaba ocurriendo, en lugar del joven aficionado (y alérgico) a los libros de caballería había una especie de reptil extraño: una mezcla entre lagartija y gallina. El resto de los niños ya no estaban solo perplejos, también estaban muy pálidos. Casi tanto como Severiano, de hecho.

—¿Qué es eso? —preguntó Kang Dae, consternado.

—No tengo muy claro cómo son las sabandijas —explicó Miranda, algo confusa—. He improvisado.

—¡No puedes convertir a un niño en bicho solo porque te interrumpa en clase! —dijo Fran, muy enfadado—. Lo de no llamar la atención vosotros lo lleváis muy mal, ¿eh?

—Oh, por todos los Reinos Raros. Qué tiquismiquis sois. —Volvió a tocarse la chistera, repitió el gesto y Aurelio Jesús recuperó su forma. A continuación hizo un movimiento extraño con la mano, como si estuviera repartiendo cartas invisibles; los únicos a los que no señaló fueron Fran, Carol y Kang Dae—. Hale, un hechizo de olvido para que nadie recuerde lo que ha pasado. ¿De qué estábamos hablando? Bah, da igual... Será por libros. Os hablaré de *El Quejote*, la historia de un capitán de barco que se vuelve loco por comer mucho queso y se obsesiona por capturar a un gigantesco molino blanco llamado... Esperad, que me estoy liando.

Kang Dae se agachó junto a la mesa de Carol.

—Mira qué cara tiene Elena Menta. —Kang Dae señaló hacia su compañera de clase, muy erguida y con un rostro cada vez más descompuesto—. Con suerte, a lo mejor Miranda la convierte en perrito pomerania.

—Tengo la sospecha de que nuestra nueva profesora no sabe muy bien qué está haciendo —dijo Carol—. No me suena a mí que *El Quejote*

sea una obra clásica de la Literatura Meramente Terrestre.

—Tenemos que marcharnos —dijo Fran—. Aquí no vamos a averiguar qué es lo que está pasando. Vayamos a hablar con Baltazar o con el chef loco. Puede que nos enteremos de algo.

—¿Quieres que nos escapemos en mitad de la clase? —dijo Carol, asustada—. ¿Y si nos conviertes en bicho?

—Cualquier cosa será mejor que seguir oyéndola —dijo Fran.

Prestaron atención un momento a los delirios de Miranda. La clase entera asistía a ella con la boca tan desencajada que las barbillas les rozaban las mesas:

—Cuando Tarzán se unió a los tres mosqueteros en el viaje a la luna no podía imaginar que el malvado ojo gigante de fuego buscaba su anillo. Desde luego es una historia que no os dejará indiferentes, porque...

Y justo entonces se oyó una llamada rápida a la puerta. Esta se abrió de golpe y una niña monísima con coletas asomó al aula. Era pequeña y adorable y hablaba muy rápido:

—¡Buenos días se puede que dice el señor director que Carol Varela Francisco Lamont y Kang

Dae Wook tienen que ir a verlo a su despacho de inmediato gracias adiós!

La niña salió como había llegado, dando un portazo.

Miranda los miró confundida, como si no se acordase de quiénes eran.

—Largaos, largaos —dijo, apresurada—. Yo tengo mucho que hacer aquí. Ahora voy a hablar de *Guerra y pez*, la historia de un banco de salmónes violentos que se alzan en armas contra la tiranía de los pescadores que los masacran.

—Pues menos mal —dijo Kang Dae, y los tres se dieron a la fuga.

El pasillo estaba desierto cuando salieron. La niña había desaparecido y lo único que se escuchaba era el murmullo de las voces de los profesores que intentaban educar a los niños singulares del internado (y los ronquidos de uno en particular, que había desistido).

Pusieron rumbo al despacho del director, algo inquietos. El pasillo por el que caminaban estaba adornado con murales hechos por los propios alumnos. Muchos lo llamaban el Pasillo del Arte. Kang Dae, en cambio, prefería llamarlo el Pasillo de *Aterrarte*. En aquel momento estaban celebrando

la semana del planeta y los profesores los habían obligado a dibujar distintos paisajes del mundo. Había selvas, mares, picos montañosos, praderas y una cosa horripilante dibujada por Elena Menta y su séquito que nadie tenía muy claro qué era, pero que incluía relojes derretidos. Fran, Carol y Kang Dae también habían dibujado un mural: un gran desierto del que asomaba un gusano enorme con cara de sorpresa; Kang Dae había querido incluir una tribu de cucarachas, pero Carol se negó en rotundo, en redondo y hasta dando saltos. De todas formas, el mural más llamativo era el que había dibujado Juan Berne, de cuarto, al que se consideraba el alumno más perezoso del internado. Había colgado un mural completamente en blanco, titulado *Glaciar en el polo norte poblado de osos blancos en un día de niebla*.

Kang Dae se detuvo en seco a medio paso y sus compañeros lo hicieron poco después, extrañados por el comportamiento de su amigo.

—¿Desde cuándo tenemos una chimenea ahí?
—preguntó Kang Dae, sorprendido. La chimenea era de tamaño medio, tenía una bonita rejilla, estaba encendida y se encontraba en una curva del pasillo. Era un lugar bastante extraño para poner una chimenea.

—¡Tiene ojos! —exclamó Carol.

Los tres se acercaron cautelosos.

—¡Hola! —les susurró la chimenea cuando estuvieron cerca. El fuego cobró la forma de un pájaro en llamas que parecía encantado de verlos—. No os asustéis, soy yo: Theodore Windsor Von Trappe II. Imagino que os acordaréis de mí.

—Es difícil olvidarse de un fénix —dijo Fran. El disfraz del pájaro era impresionante—. ¿Tú también estás de incógnito?

—¡*Incógnito!* —le corrigió la mochila de Kang Dae.

—No, yo lo que estoy es escondido —dijo el fénix, cuyo vocabulario era aún más limitado—. Baltazar nos ha pedido que os vigilemos y eso es lo que pensamos hacer.

—No sé por qué, pero eso me da bastante miedo —dijo Carol. Se estremeció—. Es como si un terremoto quisiera salvarte de un huracán.

—Haced lo que queráis, pero procurad no prender fuego a nada —le dijo Fran a Theodore Windsor Von Trappe II. Recordaba muy bien el desastre ocurrido en el despacho del director.

—Somos muy cuidadosos —dijo el fénix tras la rejilla—. Nuestras llamas solo queman cuando nosotros queremos.

—Jo, yo, cuando tenga llamas, querré que quemem siempre —dijo la mochila, soñadora.

—¡Eh, el director nos está esperando! —recordó Fran a sus amigos—. Vamos a darnos prisa y ver qué es lo que quiere.

Se pusieron en marcha de nuevo. El despacho no estaba lejos y llegaron en menos de lo que canta un gallo, sobre todo si es un gallo que no abusa de estribillos.

Kang Dae, Carol y Fran no eran niños especialmente brillantes, pero tampoco eran especialmente estúpidos. Así que, cuando llamaron a la puerta, ya intuían que cabía la posibilidad de que quien estuviera al otro lado no fuera el director Anglada. Aun así, no pudieron evitar contener la respiración al pasar y encontrarse con una habitación a oscuras.

—Señor... ¿señor director? —preguntó Fran, que no veía más allá de su propia nariz, y eso solo si bizqueaba.

Conforme sus ojos se acostumbraron a la luz escasa del cuarto, les pareció intuir una forma al fondo, un bulto grande sentado a la mesa del despacho. También se oía un ruido metálico, como si alguien intentara mover dos cubos grandes de hojalata a la vez y estos chocaran entre sí.

—Reconocería ese sonido en cualquier parte —dijo Kang Dae—. Pero es imposible, no...

—¡Hágase la luz! —dijo una voz que, por desgracia, también conocían bien.

Y no ocurrió nada. Siguieron a oscuras. Se escuchó una tosecilla contrariada.

—En serio, ¿tengo que hacerlo todo yo?

Se oyeron un par de golpes, algo que crujía, una sacudida enorme y entonces, en efecto, la luz se hizo. Kang Dae, a tientas, consiguió dar con el interruptor que había junto a la puerta.

—¡Nefastísimo! —gritaron los tres niños a la vez.

El duque, tan temible, oscuro y amenazante como siempre, había tropezado sobre su propio sirviente: una armadura medieval. Kang Dae, Fran y Carol sabían que dentro de esa armadura en realidad no había nadie: era una armadura animada de forma mágica. A decir verdad, así tirado sobre su sirviente, el duque no parecía demasiado temible, oscuro y amenazante. Tampoco ayudaban sus alpargatas con forma de conejito negro.

A su lado, aguardaba con cara de hastío su siempre fiel mascota: el caimán Mordiscos.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Carol, nerviosa—. La última vez que vimos a este tipo casi acaba con Wayry.

—¡Con Wayry y con todo el planeta! —añadió Kang Dae.

—¡Wayry! —apoyó el dragoncito desde la mochila. Se había quedado dormido en mitad de clase y acababa de despertar al oír su nombre.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó el polli-to fénix.

—¡Esperad! —gritó Nefastísimo. Consiguió sacar la rodilla del visor de la armadura y se levantó con un mínimo de dignidad—. ¡Tengo que hablar con vosotros de algo muy importante!

—¿Qué has hecho con el director Anglada? —preguntó Kang Dae—. ¿No lo habrás matado?

—¿Matado? ¿Quién os creéis que soy? ¡Yo quiero destruir el mundo, no voy por ahí asesinando a gente particular: eso es poco profesional y además ensucia! Vuestro director se ha marchado a convivir con una tribu salvaje del Amazonas, para poder estudiar la fauna de allí. No sé por qué, está obsesionado con las ranas.

—Increíble —dijo Fran—. Y supongo que has venido para proteger al dragón de un peligro sin nombre.

—Nombre tiene, creedme. —El duque se acarició la barba, que parecía de algodón de azúcar teñido con betún. Tomó asiento en la mesa

enorme del despacho y juntó las manos con ademán tétrico y reflexivo—. Un nombre terrible.

»Dejad que os hable de Espectria.

En ese momento, como si de una película se tratara, comenzó a sonar una musiquita siniestra.

—Perdón —dijo Carol, mientras se sacaba el móvil del bolsillo y rechazaba la llamada—. Es mi madre, ya la llamaré luego. ¿Qué decías?

—Espectria —gruñó el duque, irritado por la interrupción—. Dejad que os hable de Espectria.